

LA MODA Y EL LUJO

Una de las obras de misericordia nos pide *“vestir al desnudo”*. Siempre pienso en esta misericordia, necesaria y urgente, cuando veo en televisión reportajes del tercer mundo que nos presentan muchedumbres harapientas y niños desnudos. Pero al momento la misma televisión, en la sección de modas, nos ofrece desfiles en las pasarelas con toda clase de vestidos donde se combina astutamente la creatividad artística, a veces admirable es verdad, con una invitación al lujo más escandaloso. Recuerdo entonces los consejos del libro del Eclesiástico: *“No te gloríes del manto que te envuelve”* (Si, 11, 4). O aquel otro: *“De los vestidos sale la polilla”* (Si 42, 13).

De esta corrupción, que esconde la obsesión por el vestido, la tiranía de las modas y la invitación al despilfarro, hablaban ya hace siglos los Padres de la Iglesia. Veamos.

San Juan Crisóstomo nos recordaba que mientras vestimos lujosamente, un semejante anda desnudo: *“¿Qué perdón pueden merecer los que en sus vestidos hacen ostentación de su molicie, se afanan por cubrirse con tejidos de gusanos y, lo que es peor, de ello se enorgullecen, cuando debieran esconderse, temer y temblar? Y así, de un lado, tú te vistes así, no por conveniencia ni necesidad alguna, sino por molicie y vanagloria, para ser admirado de gentes del arroyo, y por otro, uno de tu propia naturaleza anda desnudo y no tiene un harapo con que tapar sus carnes. Ni la naturaleza misma te mueve a compasión, ni tu conciencia te despierta a socorrer a tu semejante, ni el pensamiento de aquel día espantoso, ni el miedo al infierno, ni la grandeza de las promesas, ni el hecho de que el Señor común de todos toma como hecho a sí mismo lo que hiciéramos con nuestros hermanos. No parece sino que tienen corazón de piedra y están fuera de la naturaleza”*.

El mismo santo escribe en otra ocasión sobre la responsabilidad que contraen los ricos: *“El ir vestidos magníficamente les hace pensar que están por encima de la naturaleza humana y no paran mientes en la gran responsabilidad que contraen al no administrar debidamente lo que el Señor les confía y no querer dar parte de sus bienes a los necesitados. Prefieren que sean consumidos por la polilla y prepararse ya para sí mismos más abundante fuego en el infierno. Aún en el caso de que los ricos distribuyeren entre los necesitados todo lo que amontonan en sus casas, ni aún así escaparían al castigo que merecen por haber pasado sus vidas entre lujos en el vestir y hartazgos en los banquetes. ¿Qué castigo, en efecto, no merecerán los que a todo trance procuran vestirse de seda y hacer ostentación en la plaza pública de llevar tejidos de oro, y aún adornarse esos mismos de formas varias, mientras dejan desnudo a Cristo, y no le procuran ni el necesario sustento?”*.

Tertuliano, escribiendo sobre el ornato de las mujeres, pide que las cristianas rechacen el lujo: *“No admitáis en vosotras, hermanas carísimas, estos vestidos y ornatos ostentosos, como rechazaríais a hombres infames que tienen por oficio traficar con la pureza de las vírgenes”*.

Para concluir, veamos cómo **San Ambrosio de Milán** habló duramente, muy duramente, sobre la complacencia femenina en el lujo: *“La mujeres se complacen en las cadenas con tal de que sean de oro. No reparan en su peso, siempre que sean preciosas; no piensan que son ligaduras si en ellas centellean las alhajas. También se complacen en las heridas, con el fin de adornar de oro las orejas y hacer prender de ellas las gemas. Las joyas son pesadas y los vestidos ligeros no abrigan: sudan por las joyas que llevan y se hielan con los vestidos de seda; sin embargo, les agrada el precio y lo que repugna a la naturaleza lo recomienda la avaricia”*.